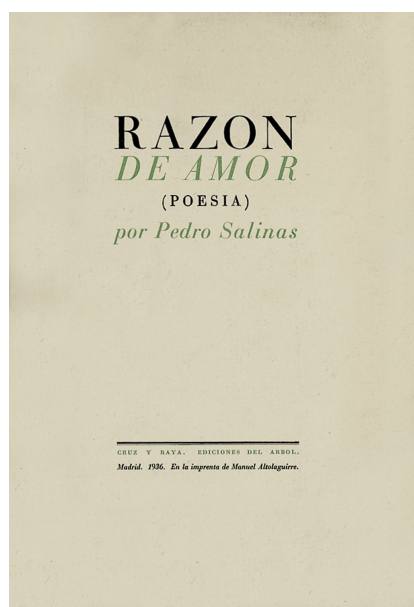


APUNTES SOBRE RESONANCIAS MÍSTICAS EN **RAZON DE AMOR** DE PEDRO SALINAS.

M^aÁngeles Villalba García

*Si me miro en espejos,
no es mi faz lo que veo,
es un querer.*

(Razón de amor)



Hace poco escuché comentar en alguna emisora de las que todavía dedica espacios a la cultura y a nuestros clásicos, que hacía ya setenta años de la muerte del poeta Pedro Salinas. No pude evitar la sonrisa porque fue uno de los poetas de la Generación del 27 que adoré en mis primeras aproximaciones a la poesía. Decidí entonces releer alguno de sus poemarios y volví, como quien vuelve a los poemas que un novio de la adolescencia le dedicó con ardor, a su libro *Razón de amor*, eclipsado siempre por su archiconocido *La voz a ti debida*.

Lo leí pausadamente y dosificando su contenido, como debe leerse siempre la máxima expresión de lo literario que es la poesía. Y descubrí un aspecto en el que no reparé la primera vez, cuando lo leí a los diecisiete años. Descubrí entre sus versos el recuerdo de una de las más altas manifestaciones de nuestra tradición poética, la poesía mística. Sí, lo que leía no era solo poesía amorosa en estado puro, era también poesía con ribetes místicos, quizás porque la mística sea el más puro de los amores.

Es evidente que Pedro Salinas no fue nunca ajeno al fenómeno místico. Ya en 1936 publicó en Madrid una antología de la prosa y la poesía de San Juan de la Cruz, y decía de Luis de Góngora que era un místico, «el místico de la realidad material, como no lo ha sido nadie en la poesía española hasta hoy»¹ aludiendo a la

¹ Citado Suárez Miramón, Ana. La renovación poética del Barroco. Madrid, Cincel, 1981, p. 24.

querencia del poeta barroco por la belleza de la materia, expresada en absoluta belleza formal.

Por otra parte, en la famosa antología que Gerardo Diego dedicó a sus contemporáneos en 1936, nuestro poeta mostraba así su concepción de lo poético:

*La poesía es una aventura hacia lo **absoluto**. Se llega más o menos cerca, se recorre más o menos camino; eso es todo.*

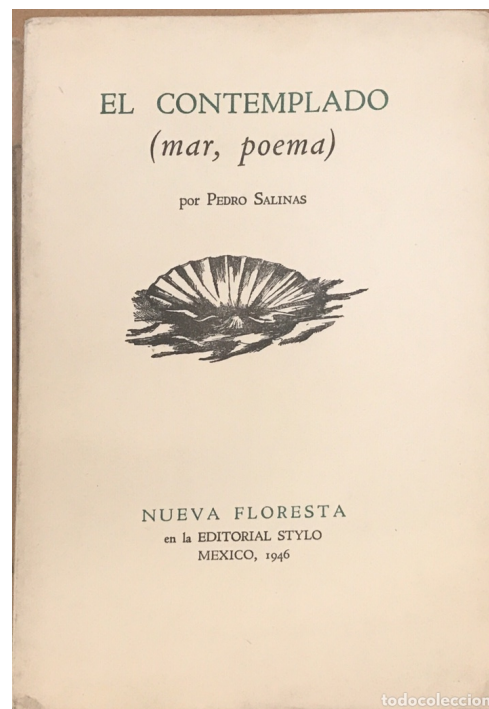
No es de extrañar, por tanto, que su obra evolucione hacia una esencialidad humana de carácter espiritual que aparece en uno de sus últimos libros, *El Contemplado*, publicado en el exilio en 1946, cinco años antes de su muerte. En él, la visión del mar desde la orilla misma de su alma, se convierte en mirada trascendente y salvadora. Mar, cielo y luz permiten al poeta la comunión con lo trascendente y eterno.

Pero muchos años antes de llegar a ese tipo de comunión mística, ya observamos cómo su célebre poesía amorosa puede emparentarse con el misticismo en lo que tiene de ansia de unión, de fusión con el objeto deseado, y también en la propia evolución de la relación amorosa, equiparable a la que sufre el místico en su unión con lo divino.

Trataremos de ver a continuación estas similitudes en el poemario *Razón de amor*. *Razón de amor* se publica en 1936, tres años después de la publicación de *La voz a ti debida*. Se trata del último libro que Pedro Salinas publica en España, pues ese mismo año se declara la Guerra Civil y el poeta se exilia muy pronto.

El poemario expone toda una concepción personalísima del hecho amoroso, no ya en reposada actitud con en *La voz a ti debida*, sino en apasionado desasosiego donde se mezclan la dicha amorosa, la esperanza y también la despedida.

La principal razón de ser del amor es la creación de una realidad “ultra” donde poder salvarse de la común y corriente, de la condena a la soledad, otorgando sentido a la vida.



PRIMERA EDICIÓN DE EL CONTEMPLADO. PODEMOS ESCUCHARLO RECITADO POR EL POETA EN PALABRAVIRTUAL.COM

*El ansia de salvarme, de salvarte,
de salvarnos los dos, ilusionados
de estar salvando al mismo que nos salva*

Esa realidad salvadora que tiene su origen en el amor se corona en el lenguaje poético, cuya razón última es el mismo amor que lo produce, pero purificado y trascendido. En este sentido, el hecho amoroso sigue un proceso que bien podríamos llamar “ascético”, pues se trata de una “suntantivación” o “esencialización” del mismo, hasta producirse la total unión con la amada, que:

*Es lo que quieren dos seres
si se quieren hacia un alba.*

El ansia inflamada de amor que hace salir a San Juan de la Cruz en la noche oscura es en este caso la mujer amada, con quien resulta fácil la subida al monte Carmelo de San Juan

*iPastora de milagros!
Lo sobrenatural
¿nació quizás contigo?...
Andando de tu mano
¡Qué fáciles las cimas!
Alto se está contigo,
tú me elevas sin nada,
tan solo con vivir
y dejar que te viva.*



Hasta llegar a la unión triunfante que se produce al final del poemario, el poeta recorre las tres vías de los poetas místicos: la purificativa, la iluminativa y la unitiva.

En un primer momento, la creación de una nueva realidad amorosa supone una implacable renuncia al mundo, un despojarse de todo lo que nos ata a él, a su liviana banalidad. Los amantes se abstraen del mundo exterior y dejan de sustentarse en sus valores primordiales: tiempo, espacio e identidad. Es la vía purificativa, es el lento desprendimiento de todo lo que no sea autocreación de un ser distinto, esencia pura en espera de la unión:

*Coronada de ti, de ti vestida,
lo que te cubre el alma que tú eras
no es ya la carne aquella, don paterno,
ni los trajes venales ni la edad. [...]
Y ya no debes nada -estás sin pasado-
a la tierra, o al mundo, o a otros seres.*

Desprendida de todo, ya puede la amada ir “hacia arriba”, en vuelo alto y ligero (“*nosotros vamos arriba / hacia ellos por lo alto*”) renaciendo virgen de su pasado, con la idea de que nunca existió nada más:

*En nuestros ojos visiones
visiones y no miradas,
no percibían tamaños,
datos, colores, distancias.

De tan desprendidamente
como estaba yo y me estabas
mirando...*

Los dos sienten entonces la ilusión de no haber pertenecido al mundo, de no haber pisado suelo y parece que floten “sobre virginidades y candor”. Y así, purificada, desprende la amada su prístina luz que el amante recibe jubiloso, luz que alumbra solo sus dos figuras, pues surge de su propio amor y deseo, y a nadie más afecta. Estamos ya en la vía iluminativa:

*La cegadora luz que te rodea
cuando mis ojos son los que te miran
-esa luz que tú me diste para verte-
para saber quién éramos tú y yo:
la luz de dos.*

Como efecto inmediato se produce la contemplación y adoración de la amada, ese mirarla sin hacer ya otra cosa más que buscar su ser más profundo encarnado en el sueño:

*Aquí,
en esta orilla blanca
del lecho donde duermes,
estoy al borde mismo
de tu sueño. [...]*

*[...] Solo entre dos, únicos dos
tú para ser mirada, yo mirándote,
vivir puede esa luz.*

El amor se ha adueñado del poeta, que vive empleado en el amor y “[...] solo quiere, quiere, quiere”, verso que inevitablemente evoca el “[...] Ya solo en amar es mi ejercicio” de San Juan. Y, como en el místico, el encuentro amoroso se produce en el abrigo de la noche oscura, espacio privilegiado del amor y de su recuerdo, refugio del mundo donde nada estorba al quehacer amoroso:

*Y en la más oscura noche,
cuando
desde otra orilla del mundo
la bese el amor remoto,
se le entrará por el alma [...]
la evidencia de ser ya
de aquel que la está queriendo.*

Se produce entonces la ansiada unión y ya no son dos sujetos, son uno solo en dos:

*Encarnación final y jubiloso
nacer, por fin, en dos.
En la unidad radiante
de la vida, dos.
Derrota del solitario
aquel nacer primero.*

Toman entonces lenta posesión del paraíso recién creado, muertos para el mundo y renacidos para sí mismos:

*El paraíso está debajo
de todo lo supuesto, lo sabemos.
Lo supuesto es la vida y es el mar.
Y por eso, desnudos, voluntarios,
lo vamos buscar,
sumergiéndonos,
suicidas alegres hacia arriba,
en el final acierto
de nuestra creación, que es nuestra muerte.*

Se ha operado el milagro, la amada ha sido transformada por el amado, como en el místico, y no es ya ella, ha sido transfigurada por la noche y el amor que la guía. Sin duda, el alma es el principal agente del hecho amoroso en la primera parte del poemario. Cumple la misión de individualizar a cada ser, por lo que la amada llega a ser ella misma solo cuando deja de ser materia firme donde el mundo modela formas caprichosas, para ser su alma, ella misma al fin.

*Si acaso, besa agradecidamente
en los labios del aire de esta noche
a la que te ha guiado, misteriosa
potencia del amor, hasta ti misma,
para que al fin pudieses ser tu alma.*

Pero ¿y el cuerpo? En *La voz a ti debida* el cuerpo era prácticamente una alusión, algo parecido a lo que ocurre en el *Cántico* de San Juan de la Cruz. Recordemos que el místico abandona en gran medida el tono existente en el *Cantar de los Cantares* que le sirve de modelo, lleno de alusiones al cuerpo no exentas de voluptuosidad:



“Tus labios como hilo de grana ; tus dos pechos, como gemelos de gacela [...]; toda tú eres hermosa, amiga mía; como panal de miel, tus labios icuán hermosos !; los contornos de tus muslos son como joyas [...]; tu ombligo como una taza redonda [...]; tu vientre como montón de trigo [...] Los labios de mi novia destilan pura miel; debajo de tu lengua se encuentra leche y miel por los atractivos de la joven morena.”

Para hacer del cuerpo mera referencia, casi vacía de atributos sensuales en el *Cántico espiritual*:

” [...] con sola su figura /vestidos los dejó de hermosura./ Y véante mis ojos,/pues eres lumbre de ellos .. »

No ocurre así en *la Noche Oscura* donde, después de la alusión exclamativa al encuentro íntimo de los amantes («¡Oh noche que juntaste/Amado con amada, /amada en el Amado transformada!») se evoca la unión carnal en las dos estrofas siguientes con claras alusiones eróticas:

*[...] cuando yo sus cabellos esparcía
con su mano serena
y en mi cuello hería
y todos mis sentidos suspendía.*

*Quedéme y olvidéme
el rostro recliné sobre el amado;
cesó todo, y dejéme
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.*

Pues bien, también en *Razón de amor* se hace patente la necesidad de una forma corporal en la que el amor pueda vivirse:

*Querer vivir es anhelar la carne,
donde se vive y por la que se muere.
Se busca oscuramente y sin saberlo
un cuerpo, un cuerpo, un cuerpo.*

Pero ese cuerpo no vale por sí solo, tiene que adquirir sentido CON el cuerpo que se ama:

Pero luego supimos [...] que un cuerpo que se busca solo se encuentra en otro, solo está en su pareja [...] Un cuerpo es el destino de otro cuerpo.

Y la carne sola no basta. Esos cuerpos importan no por sí mismos, no como simple materia en que se cumple el goce sexual, sino sobre todo, porque albergan las almas de los amantes. Alma que vive en la carne, pero carne librada milagrosamen-

te de su corporeidad, convertida en carne transcorpórea, CUERPO DEL ALMA que vivirá quevedianamente más allá de su muerte :

*Arribo a nuestra carne transcorpórea
al cuerpo, ya, del alma...,
rendidos nuestros bultos y estrechados
solo ya como prendas, como señas,
de que a dos seres les sirvió esta carne
para encontrar al cabo, al otro lado
de su cuerpo, el del amor, último y cierto.
Ese
que inútilmente esperarán las tumbas.*

Esta trascendentalización de lo corporal -Salinas trascendentaliza todo lo que toca- permite que la salvación se produzca por el cuerpo, a través de él, porque sus cuerpos son cuerpos más allá del cuerpo, cuerpos en simbiosis total con sus almas, “transcuerpos”, mera forma de la esencia.



**PEDRO SALINAS Y SU ESPOSA, MARGARITA BONMATÍ,
YA EN EL EXILIO.**

Los poemas se pueblan a partir de ese momento de una sensualidad vaporosa y cálida, sin estridencias, casi como un tono general en el que aparecen “*carnes rosadas, dientes firmes, ojos ardientes, piel fresca, brazos sólidos, bocas, labios, besos largos y hondos, manos y pechos*”, para seguir después un proceso en que la materia irá espiritualizándose al asumir la misión del alma, que no es otra que recordar al ser amado cuando no está. De modo que la dualidad cuerpo/ alma, acaba conciliada en la evocación del ser amado:

*La carne se siente
júbilo de ascensión al encargarse hoy
de recordar, de la misión del alma,
cuando hasta por las venas,
la misma sangre va vuelta en recuerdo.*

Los besos son iniciación, final y creación, supresión del tiempo (*“cada beso perfecto aparta el tiempo”*), destrucción de la soledad (*“por si cruzase por las soledades / o por el beso con que se las quiebra”*), poder transformador de la realidad (*“Todo beso será”*).

Y toda esa perfección, ese aniquilamiento del mundo que no son ellos y que supone, como atestiguan los títulos de algunos poemas, una especie de “suicidio hacia arriba”, una “verdad de dos”, un “fin del mundo” por donde “al mundo le llega el necesario don de ser contemplado”, tiene solo una fisura : lo inevitable de la separación física de los amantes:

*El separarse es
dos bocas que se apartan
contra todo su sino
de estar besando siempre.*

Es en ese punto donde el amor humano y la poesía que lo refleja, parece separar su camino del amor místico y su expresión poética. Pero solo lo parece. Los místicos tienen momentos de dudas, de desaliento, hasta pueden sentirse abandonados por Dios, mas saben a ciencia cierta que Dios no va a dejar de amarlos. La separación a la que alude Salinas tampoco significa lo que pudiera parecer en un principio, el final del amor:

*¿ Serás amor
un largo adiós que no se acaba...?

Amor es el retraso milagroso
de su termino mismo.*

No, la separación a la que alude Salinas no es el fin del amor, es solo la ausencia obligada en una relación que no es de esposos, como en la mística, sino de amantes, de amantes reales o que desean serlo más que nada. Por eso, el momento de estar juntos, limitado, fugaz y clandestino, adquiere una magnífica intensidad basada, precisamente, en su carácter efímero, necesariamente transitorio, y en la resistencia que esto supone:

*Ni en el llegar, ni en el hallazgo
tiene el amor su cima:
es en la resistencia a separase
en donde se le siente,
desnudo, altísimo, temblando...
que la forma posible de estar juntos
es una despedida larga, clara,
y que lo más seguro es el adiós.*

Y ahora me sonrío cuando veo un interrogante que dibujé junto a este último verso cuando lo leí por vez primera, pues no entendía ese empeño en el final de un amor tan pleno. Todos desconocíamos entonces que los grandes poemarios amorosos de Pedro Salinas estaban inspirados en un amor extraconyugal, el del poeta por una joven estadounidense con la que nunca llegó a convivir. Resultaba extraño que Salinas escribiera estos poemas a su esposa más de diez años después de haberse casado con ella. Creo que en algún momento lo pensé. En cualquier caso, no me extrañó nada conocer la verdad, que se supo a finales de los años 90, creo recordar.

El platonismo, la distancia y la imposibilidad que rodearon esta pasión ayudan a



PEDRO SALINAS Y KATHERINE WHITMORE

explicar todos los elementos idealizadores de la poesía que nace de ella, que en ella tiene su RAZÓN. También su parentesco con la mística, un proceso que no deja de ser querencia, anhelo, aspiración. Afán de un ser y una realidad superiores en los místicos, deseo de una mujer imposible en el mundo real del poeta. Ninguno de los dos tiene lo que desea y su vida resulta lucha, ansia y trabajo por conseguir su fin, ascesis y transformación. Pero en

ambos tiene la lucha su tregua gozosa. Y así termina el poemario, aludiendo a esos momentos de plenitud, a esos momentos de encuentro, de ansiada unión con el ser amado, cuando el cuidado se queda, por un momento que sabe a definitivo aunque se sepa transitorio, “entre las azucenas olvidado”:

*Es la felicidad, está ya cerca...
Lucha entre darse y no, partida alma...
Los elegidos para ser felices
somos tan solo carne
donde la dicha libra su combate....
Se calma un instante su furia. Y ser felices
es el hacernos campo de sus paces.*

